

Política, democracia y populismo

José Fernández Santillán

El Colegio de Jalisco. México. 2025. 335 páginas.

Eduardo Torres Alonso (Universidad Nacional Autónoma de México /
Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas)

etorres@unam.mx



Declaración de interés

Nada para declarar.

<https://doi.org/10.46468/rsaap.19.2.r3>

José Fernández Santillán ha escrito una obra que revisa los antecedentes más viejos del populismo, partiendo de la antigüedad griega y romana, haciendo énfasis en la demagogia y en los dictadores perpetuos, llegando a autores del Medioevo. Esto, *per se*, es una forma sugerente de analizar un fenómeno sobre el cual no existe un consenso sobre su significado. Como el concepto de *democracia*, el *populismo* es polisémico y, para evitar confusiones, es necesario, como hiciera Sartori con la propia democracia, ir a sus raíces.

Fernández Santillán tituló su más reciente libro *Política, democracia y populismo*, haciendo presentes de forma explícita tres conceptos que dan cuerpo a un grupo de ideas en torno al origen, significado y componentes del último. Es, pues, un recorrido de los antiguos hasta los contemporáneos, parafraseando la expresión de Norberto Bobbio. El libro está integrado por dos partes. En la primera de ellas, hay un interés por la delimitación conceptual a partir de los hechos e ideas del pasado. Es un “regreso al origen” pocas veces visto en la literatura sobre el tema. En sus páginas, se leen a Aristóteles, Platón,

Polibio, Cicerón, San Agustín y santo Tomás de Aquino, a Maquiavelo y a Savoranola. También aparecen Carlos Marx y Max Weber. Esta revisión muestra la forma en que los conceptos de hoy ya eran empleados en el pasado, pero con cierta ambigüedad. La posición de Fernández Santillán es que el populismo tiene un antecedente muy remoto. La distinción entre los ámbitos civil y religioso, o el uso de la fuerza legítima frente a la que no es, son expresiones que funcionan en la construcción de regímenes incluyentes o excluyentes que son precursores del populismo más reciente. Además, sostiene que fue Marx el primer estudioso del populismo al analizar las acciones de Luis Bonaparte.

En la segunda parte, se analizan y profundizan los casos y circunstancias que Fernández Santillán considera que colaborar a explicar los regímenes populistas. El enfoque, al igual que en la parte anterior, es claro y no se extravía: la intención es poner de relieve, ahora en el tiempo presente, las formas, comportamientos y modos de los gobernantes que, habiendo llegado al poder por vías democráticas, dismantelan las instituciones de este tipo de régimen para mudar su natu-

raleza y establecer una autocracia o un régimen dictatorial.

Para el autor, los puntos de inicio o de arranque del que denomina neopopulismo son dos: el *Brexit* y el triunfo de Trump. Ambos emergen como resultado del miedo instalado en su población hacia los diferentes y de la nostalgia por los mejores tiempos. Sin el discurso incendiario de Nigel Farage, líder del *United Kingdom Independence Party*, quien atizó el miedo y el odio entre los ingleses, y sin las aseveraciones relacionadas con la migración mexicana hacia Estados Unidos de Donald Trump, además del sentido de revanchismo y venganza contra las élites, en el primer caso de la Unión Europea y del *establishment* estadounidense, en el segundo, el resultado pudo haber sido distinto. Las guerras culturales son una parte a la que Fernández Santillán le dedica atención al respecto y que considera relevante en este contexto.

La construcción personal del sentido en oposición al hecho demostrable forma parte de los elementos de la propaganda del populismo. Para Fernández, el posmodernismo, basado en que no existe una verdad universal, ha infligido severos daños a las instituciones democráticas que se fundamentan en la razón. Si la democracia es resultado del movimiento ilustrado, el populismo exagera la crítica a la objetividad, se apoya en la sinrazón y propaga el miedo. El lenguaje es el arma que los populistas blanden contra los valores liberales, de ahí la necesidad de aparecer de forma constante en los medios y celebrar reuniones en donde haya contacto con el pueblo, el suyo, claro, porque a pesar de que buscan construir una visión homogénea de este, lo cierto es que la mem-

bresía sólo se otorga a aquellos que son afines a sus ideas, mientras que los demás están excluidos. Disentir no está permitido.

A modo de caracterización, el populismo se compone por un liderazgo carismático identificado o que se autoidentifica con las masas, que se ve como *outsider*, que produce un enfrentamiento entre las élites y la sociedad marginada, que considera que la democracia no se agota en los procesos electivos, sino que tiene ir más allá, haciendo una movilización permanente de sus seguidores. Apoyándose en Peter Wiles, Fernández considera, además, que entre los rasgos del populismo se encuentran la poca organización y la mala disciplina de sus participantes; la naturaleza movimientista y poco institucionalizada, así como su anti-intelectualismo; el aburguesamiento de los liderazgos populistas; y el rechazo a la ciencia y la tecnología (vinculado con el mencionado anti-intelectualismo). Además, el autor retoma a Christa Deiwiaks para indicar los componentes del núcleo duro del populismo: 1. El pueblo como referencia central y entidad orgánica; 2. La traición de la élite hacia el pueblo, y 3. El estado de agitación permanente. Todos estos elementos llevan al autor a pensar al populismo con una doble naturaleza según el momento: como movimiento social, en la lucha por hacerse del poder político, y como régimen una vez que lo obtuvo. Estas dos maneras de entender al populismo resultan llamativas en tanto que permiten estudiar a los movimientos sociales bajo ese “paraguas” conceptual, tal como él mismo lo hace con el #15M y *Occupy Wall Street*. Se pueden sostener diferencias entre la relación del populismo y las demandas de estos dos mo-

vimientos, pero es una apuesta teórica para comprender tipos de agencias y de agendas.

En esta segunda sección, se destaca el diálogo y, por momentos, el debate que sostiene con Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, autores del conocido libro *Cómo mueren las democracias*, publicado en 2018. Fernández Santillán señala, retomando el ensayo *How Populism Dies* de Kurt Weyland, que los referidos autores realizan una declaración desmedida al sostener que las democracias están muriendo por la aparición del populismo. Si bien acepta que es una amenaza real desde dentro, a diferencia de las amenazas externas del pasado como el nazismo o el fascismo, también indica que los casos estudiados por Levitsky y Ziblatt, aunque llamativos y relevantes, no pueden ser extrapolados a todo el planeta, ya que los intentos de mantener este tipo de régimen no han sido exitosos, salvo en países y momentos específicos. La fuerza de las instituciones y la defensa cívica de la población hace que los liderazgos populistas, tarde o temprano, dejen el cargo, precisamente, porque su vulnerabilidad radica en lo que consideran su fortaleza: la supremacía y supuesta

infalibilidad del líder, la imposibilidad para entablar alianzas duraderas con actores políticos “tradicionales” y las restricciones externas, producto de su posición en el concierto internacional, lo cual en ocasiones es también señalado como causa de los problemas de sus países.

El libro *Política, democracia y populismo* enriquece la discusión teórica sobre el populismo en México, en particular, y en lengua española, en general, ya que, realiza una reflexión conjunta entre la filosofía política, la historia de las ideas y la ciencia política. Las reflexiones de José Fernández Santillán, por momentos, pueden causar dudas sobre lo que está diciendo, pero ese es uno de los puntos fuertes del contenido. A pesar de la fuerte documentación utilizada para sostener sus argumentos, el autor hace que la persona lectora no sólo se detenga a confirmar lo que está diciendo, sino a encontrar explicaciones alternativas.

Al abordar un tema polémico y del que se ha escrito bastante, el libro alienta como pocos la discusión sobre sus tesis. No predica, propone. Así, el autor, como estudioso del liberalismo, es congruente con uno de sus principios: el pluralismo ideológico.